

La política es, como todos lo sabemos, una actividad del hombre. Quizás su actividad pasional más fuerte, bulliciosa y efervescente. Y está, como la vida del hombre, dividida en periodos de "X" metros. Cada periodo representa la consecución de un estrado más avanzado o más alto más eficiente o más productivo. El tiempo de vivir, se ocupa, generalmente, en recorrer los tramos que la vida va tendiendo frente a nuestra ambición y a —¿por qué no?— nuestros sueños. Todo proceso, por exigencia bíblica, tiene su final, como tuvo su principio, de manera que es lógico deducir la secuencia del proceso evolutivo, tanto del hombre como de su ocupación, la política, hacia la misma característica inexorable: los últimos cien metros". Este momento, metafóricamente, se titula "la recta final", pues generalmente la meta de toda ambición está colocada en una línea que poseé las características de ser la menor distancia que separa la meta del punto en que se encuentra ubicado el hombre, dentro, del esfuerzo de llenar la distancia.



José Marín Cañas

(II)

Si pormenorizamos esta manera de ver las cosas, los "últimos cien metros" harán su presencia en toda ocasión en que el hombre aborde un propósito, lo cual significa que habrá tantos "últimos cien metros" como propósitos. En general, la vida misma, en su sentido humano, y el hombre en su calidad de "viator", tienen unos definitivos "cien metros", que son los "ultimísimos", como decía el Topo de la T.V. Pero en esta ocasión, la palabra no logra tal sentido dramático.

Se trata pues, del momento en que la política, que ha llenado la atención de los electores, entra en su recta final para abocarse al misterioso escrutinio. Creemos que valdría la pena revisar un poco el proceso, y aunque nos está vedado el pronóstico "a priori", sí vale la pena inventariar lo que de novedosos tuvo en sus mecanismos, en sus expresiones, en las variantes registradas en contraposición con anteriores batallas de igual propósito, pero de disímiles arquitecturas. Se podría analizar todo ello sin afán partidista, pero pensando en si las normas, usos y técnicas modernas, han hecho avanzar nuestro uso del sufragio, o lo comienzan a fermentar, o bien lo debilitan en su resultado, pese al mayor esfuerzo económico.

Lo que sí podemos asegurar "a priori", es que cada vez más nos dedicamos a calcar otros países sus usos y maneras, haciendo olvido de nuestras prácticas. Esto podrá ser progreso, pero también es descastización, anulación de nuestro perfil histórico, abandono de nuestra expresión genuina y auténtica. Algo así como dejamos de tomar kolas y "leches agrías" para empanzarnos de "Coca-colas" y "Orange Crush". Los pueblos vigorosos históricamente, resisten el embate de la costumbre foránea introduciendo lo nuevo, sin abandonar lo propio y secular. Los pueblos débiles, son arrastrados por el, estribillo como lo es un vehículo de arrastre, que brinca más que un condenado.

La primera característica que muestra la campaña es la de ser la más copiosamente surtida de candidatos. Hasta donde me alcanza la vista, nunca antes se había registrado una tan fabulosa cosecha. Tal diseminación de criterios augura varias cosas: por lo pronto, indica un deterioro muy grave en el concepto que de la Presidencia de la República tiene la actual generación esta lucha política. Es explicable que para un puesto de portero de la Municipalidad, o para un empleo de matricular perros, hayan cinco, diez o quince candidatos, pese a ser raquítico el salario. Pero registrarse ocho nombres para la presidencia, en una población de millón y setecientos mil costarricenses, es gozar de un optimismo rayano en "la época de la abundancia". Durante los años que me ha tocado vivir, siempre he mantenido el criterio, que resultó erróneo al final, de que la Presidencia de la República, (pese a su calidad de segundo poder del Estado) es un puesto pa-

# Los últimos cien metros

ra el que se requieren no pocas excelentes virtudes, muy amplios conocimientos en economía, filosofía, sociología, política, amén de una gigantesca experiencia y una vasta cultural universal. (Contentémosnos ahora, con que sepan ortografía). Si ocho caballeros se encuentran aptos para tan delicado desempeño, no nos queda otra cosa que felicitarnos de haber alcanzado un grado cultural tan expansivo horizontalmente, como profundo, verticalmente. O, también podemos echarnos a llorar.

Es innegable que la política cambió sus estructuras desde el 48, al establecerse un partido político de permanencia. No sé si fue bueno o malo, el que desapareciera el "personalismo"; pero como yo me creí en él, sigo pensando, como el borracho, lo "mismo que el año pasado". Soy, pues, "personalista". Las circunstancias me obligan a votar, incluso, no por "personalismo", sino por la urgencia dramática de las circunstancias. El hombre, por lo menos los ignorados, oscuros y retrasados mentales como el que suscribe, votará, si lo piensa, no por el que le "gusta", si no por el que lo "salva". El propósito al menos en política, ha cambiado en cuanto a los sufragantes, como parece haber cambiado, también, y en mayor medida, en cuanto a los aspirantes.

Los que infortunadamente tenemos más de dieciocho años, recordamos con claridad meridiana los esquemas que sirvieron antes para los planteamientos políticos, así como los medios mecánicos que se usaron en el debate de las personalidades, la actuación, el propósito, la norma de conducta que era usual no solamente de los partidos, sino también, de los candidatos. Si recapacitamos un poco, no podríamos concebir sin siquiera con la más calenturienta imaginación, ver a don Cleto, por citar a un vencedor, o a don Octavio Beeche, por citar una figura máxima vencida, liados a golpes o a mamporros y forcejeos, en una tarima mientras la chusma grita a todo lo ancho de los pulmones, contra uno de los "forzudos" de moda o campeónizado en el salvaje gotesco y "arreglado" deporte de una lucha en la que la cox humana es arma válida.

Acostumbrados, antes del progreso electrónico, a que el debate fuera escrito, tuvimos la impresión de que la batalla eleccionaria constituía un ejercicio de pensamiento, y al usar esta palabra, queremos decir, de dialéctica política dentro de la que entraban las lecciones de la historia, los afanes para el futuro, el delineamiento exacto de los propósitos, y las virtudes comprobadas de las figuras en debate, al través de una vida brillante u opaca, pero de profunda significación patriótica. Claro está que toda personalidad que no llenara estos requisitos no solamente no intentaba figurar, sino que de hacerlo e-

rróneamente, lograba un vacío, una ausencia tal, que se verificaba aquella frase feliz de que "era tan grande la ausencia de gente, que si faltaba alguno más, no habría cabido".

Por aquellas épocas, el aspirante no era "promovido", como se dice ahora, por medio de estribillos comerciales, tal y como se anuncia un producto de fácil venta y "mucho necesidad".

Esto nos da la sospecha de que la política de ahora, tiene las características de ser ejercida bajo las más conspicuas y características reglas de las "sociedades de consumo".

Estamos, pues, en la recta final de una contienda "sui géneris", en la que la Televisión ha ocupado el primer sitio, por lo que nos vamos pareciendo mucho a los Estados Unidos, esa gran potencia que lleva ya 74 años de serlo y cuya sociedad está presa de una gran congoja social y de una inquietud amarga. Parece que vamos por el mismo camino y no se atisba esquina cercana para cambiar de rumbo. El inmediato resultado de esa continua visión del candidato hablando en las pequeñas pantallas sin ton ni son, es una fatiga que se tradujo en el cierre de los aparatos. Me temo que a la postre, el sufragante, a la mira de no cansar su espíritu cívico y su entusiasmo por la persona elegida, pensara con acierto en menguar el torrente de palabrería y no caer en el odio que despiertan los vocingleros anuncios atropellantes de los productos más "promovidos", cervezas y detergentes. Y no hacemos mención de aquéllos que rellenaron la contienda con palabras con las que nunca alcanzarán a decir nada. Sido, pues, una algarabía, de la que apenas si se salvan algunos discursos de interés, claridad, determinación y arquitectura, desde aceptables hasta brillantes.

Podríamos afirmar que en esta época de escasez de frijoles, la cosecha de heno ha superado la producción mundial.

El heno se usa también como paja de colchón, artefacto diseñado por el hombre para ejercer su derecho al descanso.

Lo que ha roto la monotonía de esta propaganda machacona y comercial, ha sido la incorporación insólita de un humorista provisto de ingenio y de rapidez mental, cuyas intervenciones han conjurado a esas multitudes que siempre acuden a ver pasar el circo. El hombre ha realizado su labor a cara descubierta, sin el albayalde que se usa en tales funciones, y cuyo disfraz los anonimiza. Ello le ha sido posible realizarlo así, por su carácter y talento definidos. Sería, a no dudarlo, un excelente regidor municipal. O una "tureca" de partido mayoritario, que resultó gracioso, oportuno y de gran taquilla. ¡Y hasta, puede sacar diputados para el partido mayoritario!

Este hecho es secular para nuestra idiosincrasia: es el eterno "Cantinflas" de los desfiles. Con la ventaja, en esta ocasión, de que tiene agudo talento, audacia, valor y una escuela respetable.